

José Rafael Herrera\*

## El Maestro Núñez Tenorio

**S**e dice Maestro a quien asume el compromiso de formarlo a uno de manera integral; a quien una extraña fuerza de atracción, una rara empatía, lo impulsa a tomar la paternidad moral e intelectual de su aprendiz; tal vez porque, viéndolo, se vuelve a ver en el espejo del propio recuerdo. Sabe que, como en él, en ese otro, que también es él, viven los mismos ímpetus, la misma fuerza, el mismo deseo y las mismas aspiraciones. Se ha visto de nuevo y, al verse, ha visto otra vez ese algo que rememora sus propias afecciones, ese algo que descubrió en sí mismo, hace muchos años, y que sólo con el tiempo pudo superar, después de muchos tropiezos y de no pocos desencantos. De ahí su afán por querer enmendar ese algo en el otro. Quiere corregir la plana, expiar las propias equivocaciones. Quiere que la historia no se vuelva a repetir. Quiere, a fin de cuentas, aliviar la carga y el dolor inevitables. No quiere repetir la historia, pero quisiera —no sabe cómo— ser una suerte de Fausto...

No se conforma el Maestro con la simple instrucción: más bien educa, forma y, si se prefiere, amolda, casi siempre a su imagen y semejanza. Tal es la diferencia entre un simple profesor y un auténtico Maestro.

No siempre el joven aprendiz comprende esta diferencia esencial. Y, en muchos casos, no logra explicarse la recia mirada, el desplante en público o el tono de voz airado y probadamente innecesario. En el recuerdo del Maestro, aquel tono o aquella mirada eran, en verdad, para sí mismo, pero proyectados en su juvenil imagen. Sólo después, con la madurez, el discípulo llega a comprender la importancia de aquellos rigores, la lección de vida contenida en la severidad del experto, quien lo enseñaba a vivir.

---

\* Escuela de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

Es afortunado el joven que llega a despertar el interés de un Maestro. Quien escribe tuvo la suerte de tener no a un Maestro sino a dos: a Giulio F. Pagallo y a J. R. Núñez Tenorio. Dos Maestros y dos concepciones del mundo antagónicas; dos Maestros y dos formas —absolutamente disímiles entre sí— de asumir la realidad.

Pagallo y Núñez: el primero hegeliano, el segundo marxista. El primero opuesto a la renovación, el segundo renovador. El primero amante de las síntesis, el segundo promotor del análisis. Ambos políticamente contrapuestos. Pero siempre el mutuo respeto, el gesto amable, la pulcritud en el trato y la tolerancia manifiesta, en una Escuela de Filosofía en cuyo plantel académico descollaban las figuras de Federico Riu, Eduardo Vásquez, Pedro Duno, Ludovico Silva, Ernesto Batistella, León Rozichtner y Juan Nuño, entre otros, permitieron al joven estudiante comprender que la filosofía también significaba honestidad, democracia, tolerancia y reconciliación de las antítesis.

Fue Núñez Tenorio quien me inscribió en la Escuela de Filosofía. De Núñez Tenorio fui preparador durante cuatro años consecutivos. Y cuando decidí abrazar el hegelismo, que aprendí de Pagallo, Núñez lo tomó con satisfacción y orgullo: para él yo me había convertido, nada menos, que en un «hegelo-marxista». Fui además su asistente de investigación, al igual que lo fui de Pagallo. El uno y el otro insistían en que cultivara mis relaciones personales con el uno y con el otro. Me siento orgulloso de haber ayudado en algo para que las investigaciones del uno y del otro fueran exitosas contribuciones a los estudios filosóficos más allá de las fronteras nacionales. Ambos me abrieron las puertas de sus hogares y en ellos he tenido el privilegio de compartir el pan y el vino. Soy hermano de sus hijos e hijo de sus esposas. Ellos me dieron lo que ninguna riqueza material puede llegar a comprar. Es por ello que mi devoción hacia ellos siempre será infinita.

Ayer se me murió uno de ellos. Me quedé esperando que me dictara su *Autobiografía*. Se murió en un momento difícil para el país. En un momento en el cual la intolerancia política, que ha comenzado a inflar los godos —siempre los godos—, parece querer apoderarse del complicado escenario histórico de este cierre de milenio, infestando de inquisiciones y hogueras lo que todavía queda de país. Ahora pretenden teñir con nubarrones de bota y sable el futuro inmediato venezolano. Núñez —y estoy seguro de ello— hubiese sido, en muchos casos, la diferencia. Pero a este pensador-político, a este político-

pensador, que por mantener con firmeza sus ideas y valores siempre se le negó el lugar que se merecía; a este pensador que después de tantos años de lucha y de frustraciones, de frustraciones y de nuevas luchas, veía, por fin, coronadas sus legítimas aspiraciones y reconocidos los esfuerzos de toda una vida, la muerte le viene a negar la satisfacción de ver, a las unas y a los otros, concretadas.

Mezquina muerte, que se lleva a uno de los más talentosos intelectuales revolucionarios con ella...

Con gesto elocuente, hubiese dicho Núñez —después de las furias y una vez recobrada la calma ante el ardid del injusto destino— *al mal tiempo buena cara*. Lo pude comprobar en el optimismo que siempre lucía y del que parecía estar hecho: cuando cayó Allende, o cuando invadieron Grenada y Panamá; o cuando los sandinistas fueron derrotados; o cuando se derrumbó el socialismo soviético. Muchas veces vi brotar, desde el fondo de su alma, una sonrisa, una buena cara frente o ante la adversidad más terrible. Sonrisa y buena cara que acompañaba casi de inmediato con nuevos ímpetus, con nuevas energías, para seguir adelante, como si todo marchara según el plan trazado por el *método dialéctico*, al cual dedicara tantas y tantas páginas de su vida.

¿Será que el *método dialéctico* ideó también la audacia de dejarnos sin Núñez; de quitarnos, con premeditada y alevosa antítesis su compañía; de robarnos la síntesis de una presencia agobiante y a la vez indispensable, como lo era la de este Quijote del llano venezolano?

Menos mal que hay memoria. Menos mal que puedo recordar sus regaños de Maestro. Además, me queda Chela y Mariana y José Rafael. Y me sigue quedando un ancho itinerario de ideas por escudriñar y de país por ayudar a construir... Menos mal que, después de todo, aún nos queda mucho Núñez por delante...